

HOMILÍA

Domingo XXVIII del tiempo ordinario. Ciclo A

Is 25, 6-10a

a. Contexto

Hace alguna semana nos dedicábamos a reflexionar sobre de la inspiración de los textos bíblicos. Ésta afecta no sólo al redactor del texto, sino a la comunidad donde nace, y a la que lo lee y celebra.

Es complementario de lo anterior hacer hincapié en qué se entiende por la 'verdad' de la Biblia, hoy. ¿Se trata de verificar científicamente las afirmaciones de la Sagrada Escritura? Por supuesto, no se trata de eso.

La cuestión es que el lenguaje bíblico esté en consonancia con el ser, la realidad, el mundo donde se da y los hechos de que parte. O sea, amiga/o creyente, la cuestión es que aquel responda a la salvación del hombre.

Y esa salvación, realizada en el encuentro personal con Dios, con el Dios de la Biblia. Es que el hombre tiene una experiencia histórica de la fidelidad amorosa de ese Dios: ¡de eso se trata!

Se trata de la forma de comprender la verdad: la auto manifestación de Dios y el lenguaje simbólico que la expresa: algo más vital que la comprensión 'objetivista' (o fenoménica) de la verdad.

Un caso de lectura de la 'verdad' se da en el evangelio de San Juan: aspecto de manifestación de la verdad, junto al sentido de 'coherencia' entre lo dicho y lo que se vive, o de elaboración de la propia 'verdad'.

Este último aspecto se refiere a la verdad al anunciarla, y al 'hacerla' (el llamado aspecto performativo de la misma). Además, Jesús, al anunciarla, es la verdad, por su fuerza salvadora.

Pues bien, la inspiración de la Biblia, su verdad se unen, se complementan cuando la Palabra de Dios es leída, interpretada y celebrada en la comunidad, de acuerdo con la tradición eclesial, en la historia.

Y vale por hoy. Por lo que respecta al pasaje escriturístico de este Domingo XXVIII, de nuevo un texto del Profeta Isaías (dentro del primer Isaías) nos pone delante de una experiencia de Dios cifrada en la esperanza.

Estamos, hermano/a en la fe, ante la descripción de un banquete real, cuyo entorno es necesario explicar, para que se entienda bien su mensaje, y en especial, su mensaje para nosotros hoy, aquí y ahora.

El entorno a que hacía referencia parte de todo el Libro de Isaías I (el primero, que da nombre a todo el Libro). Como recordarás, se puede esquematizar así:

- Is 1-12: Oráculos contra Judá;
- Is 13-23: Oráculos contra las naciones;
- Is 28-35: Oráculos contra Judá;
- Is 24-27: sección aparte: referencias escatológicas, en forma de juicio universal. Es la sección en que se encuentra el pasaje que hoy nos toca.

La actuación del Profeta se desarrolla en Jerusalén entre el 740 a.J.C. y el reinado de Ezequías, alrededor del 687 a.J.C. El Profeta era joven al sentir la llamada de Dios a la predicación de su mensaje.

Con todo, puede afirmarse con probabilidad que la sección Is 23-27 se añadió al Libro de Isaías en el postexilio, por su carácter de llamada a la esperanza, en perspectiva de restauración que invita a un futuro mejor.

b. Texto

En este pasaje, el Señor invita a su banquete a las gentes. Eso puede hacerlo quien tenga riqueza y poder. Es un estilo literario lleno de metáforas, al servicio de la acción futura de Dios respecto a los hombres.

El monte del Señor es el ámbito de ese banquete regio, donde aquél agasaja a sus invitados con toda clase de bienes, dándoseles a conocer, y desterrando el peligro de la muerte, en llamada a la vida eterna.

El cambio de escena respecto a la perícopa anterior se descubre por las distintas motivaciones: la primera de ellas, la que hoy nos interesa, se refiere a la montaña, escenario del banquete (cf. Is 25, 6-10).

Las otras tres se explican dentro de ésta: el mismo banquete (cf. Is 25, 6); la presencia de muchos pueblos en él (cf. Is 25, 6-7); el cambio en esperanza de la situación anterior de duelo y muerte (cf. Is 25, 7-8).

Pues bien, hermanos/as en la fe cristiana, es el mismo Señor quien aparece como artífice de este cambio positivo de las gentes. La situación ambigua de muerte, lágrimas viene superada sólo después del destierro.

Pero este cambio se da si se participa en el banquete del Señor, signo de la Alianza renovada tras la experiencia de Babilonia. Sólo unidos al Señor se superan la muerte y sus acompañantes: llanto y dolor.

c. Para la vida

Leer este pasaje del A.T. nos resulta relativamente fácil, ¿verdad? Pero es que, además, las imágenes del banquete del Reino que hallamos en los Evangelios cristianos beben de este tipo de literatura del A.T.

Es más, compañera, compañero de fe, el mismo Pablo aplica Is 25, 7 a la situación del Señor Jesús Resucitado, a su victoria sobre el mal, el pecado y la muerte. ¿Qué más quieres?

Mira cómo tú puedes ver la 'verdad' de fondo, de sentido de nuestra historia que encierra el mensaje religioso de la fe cristiana: el Señor hace de la vida una fiesta en su compañía, donde el bien se da a manos llenas. Es literatura que apunta a la experiencia religiosa de quien vive a la luz y con la fuerza (¡gracia!) de Dios. ¿Eso es mito? ¡Yo creía que era una forma preciosa de expresar hasta con belleza la hondura de nuestra vida!

Porque, fíjate, todo lo que está orientado a la salvación de la gente, a darle sentido (luz y fuerza, horizonte e instrumentos...) a la existencia de los hombres no es un cuento, sino verdadero, atrae, tiene fuerza...

Eso me pasa, eso nos pasa con el pasaje de Isaías que hoy proclamamos en la liturgia, especialmente si lo leemos a la luz de Cristo. ¡Yo, amigos, me siento hoy invitado al banquete de Dios!

¿Habrá cosa más real, más concreta, más vital para nuestra experiencia de hombres y mujeres del siglo XXI que vivir aquí y ahora la vida como el mayor regalo que Dios nos hace? ¿Hay quien dé más...?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
antonio.rodriguezderojas@salesianos.edu